

[Reseña aparecida en EXITBOOK #2 Julio, 2003]

Nicholas Mirzoeff
Una introducción a la cultura visual
Paidós, Barcelona, 2003

José Luis Brea

Cuando hace unos meses se convocaban las grandes manifestaciones contra la Guerra de Irak, una de las promotoras de la que tendría lugar en Madrid apareció (en televisión, desde luego) comunicando a los potenciales participantes que al término de la protesta tendría lugar una especie de *performance colectiva*, con todos los manifestantes arrojándose al suelo (simulando los dramáticos resultados de un bombardeo) con el fin de [creo que la cito fielmente] "producir una poderosa imagen mediática". Parecía en efecto importar menos el invocar directamente entre los ciudadanos algún estado de conciencia extendida desde la calle -de rechazo ideológico y convencido a la "acción preventiva unilateral" de los USA, o al gobierno del PP que decidía la participación de nuestro país en ello- que el generar una *imagen* potente e interesante para los *media*, un eficaz *espectáculo*. Pasados unos meses, las urnas han podido comprobar que, en efecto, de aquel evento queda poco más que la *memoria visual*, una vez que aquel levitante estado de conciencia (sostenido únicamente en una *imagen mediática*) y toda la antagónica opinión pública impulsada -esa de cuya *superpotencia* tanto alardeaba Saramago- se ha esfumado en el aire de su cualidad evanescente, a la velocidad del "tiempo real" que rige el ritmo del telediario. Fue una *imagen* lo que allí se produjo, en efecto, y como tal de ella no nos queda otra cosa que el sedimento fugaz dejado en los archivos de los noticiarios (unos archivos cuyo potencial de rememoración decrece fulminantemente con el paso de los días, no digamos ya de las semanas o meses).

Puede que este carácter *díscolo* de la imagen, tan poco sólida al parecer en cuanto a la formación de conciencia ideológica estabilizada, sea el que empuja a un intelectual rigorista y puritano (escópicamente hablando al menos) como Frederic Jameson a dictar de modo encendido su excomunión feroz de *lo visual*: "Lo visual es -nos dice- básicamente pornográfico, lo que equivale a decir que tiene su fin en una fascinación ciega y completa; pensar en sus características se convierte en un complemento de esto, si no existe disposición a traicionar su origen".

Para bien o para mal, parecería que una renovada tentación de "pensar lo visual" al margen de esa requerida "disposición a traicionar su origen" empieza a extenderse, y el libro que nos ocupa -y que por cierto cita y vulnera a conciencia la referida *maledictio* jamesoniana- constituye el primer heraldo de ello. El primero en nuestro país -obvio es decirlo- y aunque solo fuera por ello deberíamos felicitarlos. Más allá, debemos también hacerlo por la importancia que sin duda este campo de estudios habrá de tener en las sociedades que vienen: algo que la introducción de Mirzoeff acierta brillantemente a poner en evidencia. En efecto, el surgimiento de estos estudios no solo tiene que ver con los avatares internos de la academia, en la arbitraria aunque legítima cocktelería generatriz de corrientes y disciplinas [un poquito de semiótica visual por aquí, otro de estudios culturales por allá], sino también y sobre todo con una transformación epocal que hace que la nuestra comparezca -y aquí Mirzoeff recurre a Heidegger como fondo lejano de garantía, quizás con más astucia que fidelidad escolástica- como Era de la Imagen.

En mi opinión, ése va a ser uno de los grandes aciertos de este libro. Si se quiere, esa caracterización de nuestra época como crecientemente *visual*, dando entonces fundamento de necesidad al surgimiento de los *estudios de cultura visual* (volveré sobre este punto que, obvio es decirlo, es con mucho el que más me interesa). El otro y segundo gran acierto es el de servir, como su nombre indica, de auténtica introducción. Ello lo hace de dos modos, en dos dimensiones, una horizontal y otra en profundo. En horizontal, en efecto, la introducción de Mirzoeff tiene el mérito de mapear en un amplio *scoop* el abanico de temas y subzonas que la nueva metodología estudiosa va a hacer suyo, desde los territorios de la imagen con intención de artísticidad -la pintura, la fotografía- a los más cruciales ámbitos del darse identidad en la representación, en el circular de las imágenes; desde el territorio de la

escopia del sexo en la visualidad porno, a las formas de la simbolización transcultural; desde el asentamiento de la imagen en el campo de la visualidad virtual, a las nuevas economías de la gestión del ver local/global. En cuanto a lo profundo, el libro de Mirzoeff tiene además el mérito añadido de no sólo darnos sus propias pistas, éstas que le llevan con tan graciosa habilidad de un rincón de lo visible a otro, sino de también aportarnos algunas orientaciones panorámicas sobre los enfoques y direcciones en que esta naciente escuela antiescolástica -y en cierto sentido también antiescolar- viene aflorando, emergiendo. En corrientes tan dispersas y diferenciadas como la nueva iconología, para la que la cultura visual se desplegaría simplemente como historia multicultural de las imágenes, hasta orientaciones mucho más sociologistas, para las que unos estudios de cultura visual solo podrían constituirse como teoría social de lo visual. El libro de Mirzoeff orienta con solvencia (no en vano su *The Visual Culture Reader* es sin duda la más amplia e incontestable recopilación de textos que sobre el tema puede leerse) y de manera sencilla sobre los distintos autores -de Bryson a Keith Moxey, de WJT Mitchell a Mieke Bal- y las posiciones que vienen adoptando.

En todo caso, y como digo, creo que lo más interesante de esta *Introducción* es lo que -más allá quizás de lo que se espera de una mera introducción- tiene de valiente posicionamiento propio, en esa afirmación convencida de la tremenda importancia que lo visual adquiere en las sociedades actuales. Retomando en la distancia conocidos argumentos virilianos (la máquina de la visión) o las ideas de la pantalla total baudrillardiana, acaso sus mejores sugerencias vienen cuando reafirmandose en las intuiciones de Mitchell sugiere incluso el advenimiento de nuevas economías de un pensar "en visual", posttextualista, un poco a la manera en que Deleuze advertía hace algún tiempo de aquello que él llamaba el "loco poder de la imagen". Acaso para seguir esta vía encontraría buen apoyo en la intuición derridiana de un formar parte lo visual de "todo aquello que resiste al habla" -pero, y seguramente para entretenimiento mayor del lector- su vía es más intuitiva y por así decir extensional, ostensiva. Más entonces que afirmar una ontología propia de la imagen y lo visual frente al texto -aunque sus sugerencia de releer el cambio de paradigma postmoderno a esta luz no debería caer en olvido: "la cultura postmoderna es una cultura visual", advierte- lo que de verdad parece importarle más es el considerar la creciente importancia que lo visual está adquiriendo en el mundo contemporáneo, por el impacto de las nuevas tecnologías de la visión, y el consiguiente peso añadido que la imagen adquiere de cara a los procesos de constitución de identidad y de articulación de experiencia. El punto de vista del espectador, para decirlo de otra forma y en breve. Si de *lo visual* dan ya cuenta en distintos aspectos -disciplinarios, industriales, formales o históricos- varias y diversas disciplinas, lo cierto es que entre sus intersticios se cuele casi siempre un punto de vista que es seguramente anterior a esa propia constitución como disciplinas o industrias establecidas: el del que se ve sometido a sus estímulos y es forzado a negociar algo con ello. Es de este impacto que lo visual (antes de llamarse arte, publicidad, cine o documento antropológico) produce en quien se acerca a [o para ser más exacto: es constantemente bombardeado por] ello, es de eso de lo que hay que hablar, y es sobre ello que quiere tratar toda esta tradición naciente de analíticas -los *estudios visuales*, de cultura visual. Que su campo se constituya como uno de encuentro transdisciplinar entre los territorios de las muchas disciplinas ya construidas y asentadas, o se entregue con una gran libertad epistémica -como lo hace el propio Mirzoeff- a interrelacionar y sugerir lecturas de modo empático y muchas veces brillante (como en el capítulo de la historia de la fotografía) es algo que muy pronto veremos dilucidarse. Por el momento, felicitémonos de que en un lugar tan necesario se proyecte y abra un "campo", un territorio de estudios. Hay mucho en él por hacer y mucho desde él por cuestionar. Así que no muevan su dial, mantengan esta sintonía ...